

El significado geopolítico de Venezuela en el MERCOSUR

Miguel Ángel Barrios*

Recibido: 04/04/2008

Aceptado: 11/04/2008

RESUMEN

En el presente artículo se analiza la importancia geopolítica de la incorporación de Venezuela al Mercosur. Al estudiar dicha incorporación desde el punto de vista histórico, el autor destaca la originalidad del hecho y enfatiza su articulación como instancia superadora del histórico proyecto unionista del Libertador Simón Bolívar. Asimismo, se señala la conexión existente entre la estrategia continental bolivariana, las necesidades del presente y reactualización de intentos anteriores para concretar la unidad de la nación latinoamericana.

Palabras claves: Unidad Nacional Latinoamericana, MERCOSUR, Proyecto histórico bolivariano.

The Geopolitical implications of the incorporation of Venezuela into Mercosur

ABSTRACT:

This paper analyses the geopolitical implications of Venezuela incorporation into Mercosur. By examining such incorporation from a historic approach, the author stress the originality of this process and he also highlights its articulation with the unionist process led by Simon Bolivar. Similarly, the paper evaluates the link between the Bolivarian continental strategy, current historical needs and the re-emerging of old initiatives to fulfill the union of the Latin American nation.

Keywords: Latin American national unity, MERCOSUR, Bolivarian Historical Project.

* Director Académico de la Escuela de Políticas de la Fundación Democracia del Círculo de Legisladores del Congreso de la Nación Argentina. E-mail: rectorbarrios@yahoo.com

Introducción

El paso del siglo XX al XXI se produce en medio de un gran debate político sobre las condiciones por las que se regirá el sistema mundo del siglo XXI. El fin de la Guerra Fría produjo un quiebre de la bipolaridad EEUU-URSS y, en el fondo, lo que parecía el principio de la posguerra fría con el triunfo del modelo capitalista encarnado en los EEUU, –cuyo apogeo se dio en la Primera Guerra de Irak, en 1991– emerge en la primera década del siglo XXI como el nacimiento de una nueva dinámica geopolítica, cuyos signos todavía no aparecen nítidos, pero nos permiten afirmar que nos hallamos en las vísperas de un mundo multipolar.

La globalización, tomada como un proceso histórico multidimensional de interconexión sistémica geopolítica, lleva cinco siglos, pues nace en el siglo XV. Aquí es importante diferenciar globalización –como proceso histórico– de neoliberalismo –subfase de la globalización, coincidente con el apogeo del Consenso de Washington–. Cuando parecía que el neoliberalismo arrasaba con el Estado como unidad política, y toda la atmósfera social era asfixiada por el mercado, la caída financiera global nos devuelve a la historia, que en verdad no volvía, sino que nunca se había ido. Lo que la superficie mostraba con el supuesto fin del Estado, bajo el lema “el mercado gobierna y el Estado administra”, es desmentido rotundamente.

En realidad estamos asistiendo al fin de un tipo de Estado, nos referimos al Estado-nación industrial clásico nacido de la descomposición del Medioevo y la modernidad europea. Entre los siglos XV y XX habían sido actores de la política mundial los Estados-nación industriales, aunque no todos llegaron a ese umbral de poder. Cuando

hablamos de Estado-nación industrial clásico nos referimos estrictamente a Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Japón (Ferrer, 1999). En el siglo XX hace su aparición el primer Estado-continental industrial de la historia, los Estados Unidos, y los demás Estados se volvieron secundarios o Estados en medianía.

El Estado-continental industrial es una intuición del geógrafo alemán Friedrich Ratzel, para quien era un Estado de dimensiones insólitas. Ratzel estuvo en América a principios del siglo XIX y quedó asombrado del desarrollo capitalista estadounidense, que logró una capacidad expansiva de dimensiones extraordinarias al conquistar el lejano oeste, convirtiéndose en un estado bi-oceánico.

Este gigantesco Estado-nación industrial se consolidó mediante la expansión sobre territorio indígena primero y sobre territorio mexicano después (1848-1850) —ocupando Texas, Nueva México, California— y con el triunfo del proyecto industrialista norteamericano sobre el agrícola-esclavista del Sur. Ratzel comprendió entonces que el capitalismo alemán no tenía posibilidades de competir con una economía de semejante escala, y formula la predicción de que el futuro estaría en manos de estados-industriales de dimensión continental; incluso prevé que el único Estado en condiciones de competir con Estados Unidos, siempre y cuando se desarrollara industrialmente, era Rusia. Ningún estado con las dimensiones y desarrollo técnico-productivo similar a los estado-nación industriales típicos del siglo XIX (Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Japón) podía equipararse al descomunal mega Estado norteamericano.

Por lo tanto, como lo señaló Ratzel sólo los Estados-continentales industrializados pueden ser portadores de soberanía o capacidad de autonomía; en este sentido, Ratzel delineó con precisión la naturaleza del siglo XX, es decir: la bipolaridad de dos Estados-continentales. Más aún, a partir de este análisis, advirtió a los estrategas alemanes y europeos que si no se practicaba una política de unidad europea, ésta quedaba al margen de la historia (Weigert, 1943).

Simultáneamente, la generación latinoamericana del 900, a su manera son los *ratzeles* latinoamericanos (José Martí, José E. Rodó, Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona, García Calderón), hacen un llamado a la unidad de la Patria Grande y recuperan para el siglo XX

a Bolívar, en el marco de las exigencias del nuevo siglo. Cabe aclarar que la Patria Grande iba más allá del unionismo hispanoamericano de San Martín y Bolívar e incluía a Brasil, para convertirse en *latinoamericanismo* (Barrios, 2007).

Retomando el hilo conductor inicial, la clave del sistema mundo del siglo XXI será la conformación de un orden multipolar compuesto por Estados-continentales industriales, más allá que en las relaciones internacionales haya una pluralidad de actores públicos y privados. Esos Estados-continentales industriales serán los Estados Unidos, China, Rusia, India, Europa, y aquí nos surge el interrogante: ¿Qué pasará con América Latina? ¿Cuál es la importancia geopolítica de América del Sur?

América del Sur en la geopolítica mundial

América Latina constituye la comunidad histórico cultural que surge como consecuencia de los choques y confluencias del mestizaje ibérico –con su variante hispánica y portuguesa– y las multiplicidades de etnias indígenas y africanas. Esa nación cultural no es un todo homogéneo, pero sí es un todo y abarca desde México hasta Tierra del Fuego y sus matices derivan de la forma en que fue conformado el mestizaje. Los elementos comunes fueron la lengua, la religión cristiana y el origen común. Esa nación como cultura posee cinco siglos de personalidad propia y original (Ribeiro, 1996).

Desde un enfoque geopolítico, el macizo sudamericano es la isla más importante de América Latina geoestratégicamente hablando. América Central y el Caribe se hallan excéntricas de América del Sur y además limitan en forma directa con los EEUU. En el fondo constituyen el perímetro de seguridad externa de los Estados Unidos.

Por ello, desde nuestro análisis, sólo habrá unidad latinoamericana en la medida en que el primer paso sea la unidad sudamericana. Es desde el macizo sub-continental sudamericano de donde debe partir el camino hacia la construcción de la Patria Grande Latinoamericana. Ésta fue la política continentalista de Juan D. Perón, el re-inventor de la política latinoamericanista en el siglo XX –y XXI– al distinguir el camino principal del secundario, y no hacer una estrategia

amorfa que se convierte en una no-estrategia (Barrios, 2008). Aquí radica la importancia de Juan Perón, pues marca la estrategia de por dónde debe pasar la unidad sudamericana, el eje Argentina-Brasil, más allá de los antecedentes diplomáticos que existieron y de los planteos de la generación de 1900, de donde resulta como propuesta geopolítica una novedad y un auténtico acierto del Presidente argentino.

Luego de la generación del '900 que a principios del siglo XX recuperó el unionismo de San Martín y Bolívar, desde una concepción superadora de los intereses nacionales latinoamericanos, por cuanto implicaba la incorporación del Brasil lusitano al proyecto de unidad, fue el general Juan Perón quien retomó la idea de la necesidad de unificar el sud-continente para tener posibilidades reales de ejercer soberanía frente a las grandes potencias del mundo.

Los actuales tiempos turbulentos nos exigen formas inéditas de repensarnos para estar a la altura de los acontecimientos históricos. Desde este axioma nos parece que el Mercosur obliga a replantearnos caminos que vayan más allá de los (necesarios) pasos intermedios de un mercado común, hacia la materialización de un Estado-continental latinoamericano.

El núcleo fundamental geopolítico de la unidad sudamericana ha tenido una rectificación en relación a la época de Perón, quien consideraba que la piedra angular del proceso de unidad pasaba por la alianza del ABC: Argentina, Brasil, Chile. Hoy, lo primordial ya no es la unidad de Argentina, Brasil y Chile, sino que la verdad básica es la alianza Argentina, Brasil y Venezuela. Esto es lo que Perón ni Vargas percibieron con total claridad, porque no había aún condiciones suficientes para pensarlo: la creciente y trascendental influencia de Venezuela en el contexto regional a partir de las definiciones políticas emanadas del Gobierno Bolivariano.

Estamos ante la extraordinaria percepción y la nueva navegación de la historia venezolana la cual por primera vez se lanza hacia el Atlántico Sur, a la frontera viviente; Venezuela geopolíticamente – en su origen– formaba parte del mundo antillano. Y el primero en darle un contexto continental sudamericano es Bolívar, quien abre la ruta andina y llega hasta Bolivia. Chávez, en cambio, inaugura la gran

ruta del Atlántico Sur, es decir la alianza de Venezuela con Argentina y Brasil. Esto, geopolíticamente introduce un equilibrio nuevo y comienza a perfilar la posibilidad de cumplimiento de las condiciones que favorezcan el proceso de unidad sudamericana.

Hace medio siglo, Argentina podía tener una alianza más equilibrada con Brasil. Hoy no está en condiciones de hacerlo. En consecuencia, gracias a la bipolaridad de Argentina-Venezuela junto a la frontera con Brasil existe un mínimo de equivalencia posible para fundar una unidad común en serio. Una unidad entre hermanos sin hegemonías. Venezuela en su camino del Atlántico Sur contribuye a equilibrar el núcleo inicial argentino-brasileño, lo que constituye mejores y mayores condiciones de igualdad para la integración. Una integración entre desiguales termina en la hegemonía. Por lo tanto, la presencia de Venezuela puede contribuir a llevar una delicada política que evite una hegemonía brasileña, porque ella traería la destrucción de América del Sur y de América Latina como posibilidad. Sería una hegemonía más entre otras y llevaría al fracaso común, tanto de quienes intentan esa hegemonía como de los que la resisten. Sería el mayor perjuicio para el destino de Brasil. Todos perderíamos.

En este contexto, es preciso ayudar a la realidad: ella es que Venezuela puede suplir las deficiencias básicas argentinas y permitir una relativa mayor igualdad en asuntos básicos con el Brasil. Y desde este núcleo Argentina-Brasil-Venezuela se podría reimpulsar una clara política hacia los países más pequeños, que es el déficit actual.

El Mercosur en su impostergable paso hacia el Estado-continental industrial nos brindará mayores márgenes de viabilidad para afrontar los macro-desafíos, siempre que sus miembros renuncien a cualquier liderazgo regional unilateral y actúen con sagacidad estratégica respecto a los países más pequeños y sobre una base de consenso previo y de interés colectivo.

El siglo XXI convoca a la política de los grandes espacios continentales, –como señalaron Ratzel y Juan Perón, el primer teórico y político de la autonomía de la periferia– dentro de los cuales un bloque se debe integrar en lo económico, social, cultural, político y en defensa y seguridad. Con una actuante visión nacional-continentalista podemos percibir el agotamiento definitivo de nuestros Estados-in-

sulares en la globalización (Perón ya lo veía en la mitad del siglo XX).

Los puntos vitales geopolíticos y geo-económicos para la viabilidad del Mercosur hacia un Estado-continental son: poder alimentario, agua, energía, población y renta estratégica (Barrios 2006). Como unidad geopolítica y geo-económica América del Sur está compuesta por doce países dentro de un espacio contiguo, posee 360 Millones de habitantes, cerca de 67% de todo el continente latinoamericano y el equivalente a seis por ciento de la población mundial, con una gran integración lingüística dado que casi la totalidad habla español y portugués sobre la base de su matriz hispano-lusitano. Su población es mayor que la de los Estados Unidos (293.027.771 habitantes), su territorio de 17 millones de kilómetros cuadrados es el doble del estadounidense y posee una de las mayores reservas de agua dulce y biodiversidad del mundo, así como inmensas riquezas minerales, pesca y agricultura. Más aún, la integración del Mercosur, con un producto bruto interno de Un Mil Millones de dólares, y la Comunidad Andina, haría del futuro Estado-continental Sudamericano una potencia mundial con una masa económica mayor que la de Alemania y muy superior a la suma del producto bruto interno de México y Canadá.

Los macro-desafíos que enfrentará el Estado-continental industrial latinoamericano en los próximos cincuenta años son:

1. Pérdida de habitabilidad en el planeta debido a los daños irreversibles en la biósfera.
2. Ausencia de institución, en el primer tercio del siglo, de un orden internacional satisfactorio a los intereses nacionales, lo cual llevará a la alternativa indeseable de:
 - a. (a) formación de un imperio mundial que someterá a todos los pueblos al arbitrio de un único país –la menos posible–;
 - b. (b) formación de una nueva bipolaridad: EE UU-China dentro de la cual eventualmente se incluiría a Rusia y que establecería el riesgo de un holocausto nuclear;
 - c. (c) agravamiento de la asimetría Norte-Sur y en muchos países diferencias abismales entre sectores ricos y sectores miserables, lo cual generaría conflictos sociales insanables e incontrolables formas de terrorismo; y

- d. (d) insostenibilidad material de la civilización industrial ultrapasando las reservas de diversos minerales y de otros insumos de los cuales depende el proceso industrial (Jaguaribe, en Nun y Grimson 2006).

Hoy podemos sostener que el programa de Bolívar, San Martín y Perón constituye el único programa de acción para rediseñar el espacio de nuestra soberanía en la era de la globalización.

El ingreso de la República Bolivariana de Venezuela al Mercosur podría significar un salto cualitativo y cuantitativo de enormes proporciones, porque por primera vez un país caribeño insertado en el macizo geopolítico sudamericano, donde se juega la unidad latinoamericana, renueva su proyecto tradicional y apuesta a la Cuenca del Plata dando un paso delante de la geopolítica antillana y andina del Libertador.

Bolívar y la geopolítica antillana y andina

Al iniciarse la revolución todos los grandes jefes americanos llevan en su cabeza el proyecto nacional unionista hispanoamericano (que entonces no incluía a Brasil). Durante cinco años, de 1811 a 1816, el antiguo Reino de Nueva Granada vive una era conocida con el nombre de "La Patria Boba". La Junta de Caracas, en abril de 1810, reclamaba la obra magna de la confederación de todos los pueblos españoles en América, donde Bolívar expresaba la conciencia nacional común. El Libertador repitió en la primera etapa de su lucha, el error de Miranda: mantener la quimera de una República abstracta, donde los mantuanos no pierden sus privilegios. Por ende, la crisis española se transforma en Venezuela en guerra de clases antes que en revolución independentista.

Durante siete años, desde 1810 hasta 1817, los patriotas mantuanos representan las clases privilegiadas. Los hombres de los llanos de Venezuela constituyen la mejor caballería a lanza de América y su jefe es Boves, un asturiano. La lucha entre Boves y Bolívar en estos años era la lucha entre los ejércitos de llaneros y esclavos y los cultos terratenientes cuyo jefe es Bolívar. Esta lucha se prolonga

hasta 1817 y concluye con la derrota total de Bolívar y su fuga a Jamaica y Haití.

La residencia en Haití y su amistad con el presidente mulato Alejandro Petion aparece como decisiva. Sin exagerar, podemos afirmar que el mulato analfabeta le brinda el programa geopolítico antillano al altivo futuro Libertador y que fue el puntapié inicial de todo. En efecto, el apoyo brindado por Petion a sus proyectos hace que el fracasado Bolívar pueda regresar desde Jamaica –de las Antillas– a Venezuela al frente de una nueva expedición. En el tratado firmado en febrero de 1816 entre Petion y Bolívar se establecía claramente que el cambio de ayuda en hombres, víveres, naves y armas, Bolívar se comprometía a abolir la esclavitud. En ex esclavo le da hasta el punto capital de su programa y arma la ruta antillana de Bolívar.

Entre 1817 y 1824 con la geopolítica antillana hacia el macizo sudamericano se abre el período de los grandes triunfos militares y políticos de Simón Bolívar. En 1818 convoca al Congreso de Angostura. Allí sanciona una Constitución. Llevará para siempre el título de Libertador y fundador de Repúblicas que se inicia a partir de su re-inventiva, en conjunto con Petion, de la geopolítica antillana.

San Martín, el otro Libertador, luego de la entrevista de Guayaquil (en 1821) renuncia al Protectorado del Perú y deja a Bolívar la culminación de las guerras de la independencia (Pérez Amuchástegui, 1966). En el Perú, estalla una furiosa lucha de facciones y en semejante caos, llega el general Sucre con sus colombianos, preparando la llegada de Bolívar para empezar la ruta andina. El Libertador está en Lima el 1º de septiembre de 1823. Asumió el gobierno del Perú y nombró a Sucre, general en jefe del ejército colombiano-peruano. Al mismo tiempo suprimía la mita y los repartimientos de mita.

Es en tal situación política y militar que un general de 29 años de edad, José Antonio Sucre, enfrenta en las montañas de Ayacucho al ejército español. La guerra civil de la independencia se producía en el centro de las antiguas colonias, en el Alto Perú. El Libertador Simón Bolívar, a través del Mariscal Sucre con Ayacucho culmina la guerra de la independencia –9 de diciembre de 1824– en la ruta geopolítica andina.

Desde 1816 a 1824 pasaron dos geopolíticas: la antillana em-

prendida con la ayuda de Petion y la andina, una vez que San Martín pasa a un lado para que el otro libertador culmine. Buenos Aires abandona el Alto Perú, las provincias altoperuanas constituyen la República de Bolivia y el Libertador queda débil en el Congreso de Panamá de 1826. De este modo, el hombre que se proponía crear una gran nación latinoamericana con las provincias emancipadas de España, era convertido en el fundador de una provincia erigida en Nación (Ramos, 2006: 209). En esto reside el drama de Bolívar, y el agotamiento de su proyecto antillano y andino ante la fragmentación de la América hispánica, que será renovado por Chávez.

Chávez y la geopolítica del Atlántico sur

La posterior fragmentación de la América hispánica encorsetó geopolíticamente a Venezuela en el arco andino-caribeño, es decir donde había desarrollado su acción –según lo analizado– el Libertador Simón Bolívar. Ésta es la razón de la participación de Venezuela en el Pacto Andino en 1969, año de su fundación.

El presidente Hugo R. Chávez, heredero del unionismo bolivariano en la concepción geoestratégica de conformar una “Nación de Repúblicas”, encuentra la tercera ruta geopolítica de Venezuela como continuidad de las dos anteriores en el objetivo de la unidad: el camino estratégico del Atlántico Sur para Venezuela, con una originalidad inédita para la historia de ese país hermano.

Venezuela, es como un engranaje, un engranaje geopolítico entre el Caribe, la Amazonia y los Andes y tiene una excepcional ventaja geopolítica. En la fachada caribeña, Venezuela limita por el Norte no como nos enseñaron a nosotros cuando éramos niños con el Mar Caribe, no. Venezuela limita por el Norte con la República Dominicana, Venezuela limita por el Norte con Estados Unidos, ahí está el Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Venezuela limita por el Norte con los países bajo el Reino de los Países Bajos, Venezuela limita por el Caribe con Francia, los llamados territorios de ultramar, lo cual nos da una configuración geopolítica sumamente interesante; además de todos estos países, Venezuela pertenece a esa gran cuenca del Amazonas, siete millones de kilómetros cuadrados –me refiero a

toda la cuenca— con la que nos interconectamos no sólo con la selva, sino con los grandes ríos. El Orinoco se une con el Amazonas por ejemplo, en una gigantesca arteria vial, es como una arteria del continente sudamericano, una de las riquezas más grandes que tiene todo el planeta, en cuanto a recursos, biodiversidad y reservas para la vida humana (Chávez en Buela 2002: 87).

Aquí observamos de primera fuente la concepción geoestratégica sudamericana de Hugo Chávez, en un paso hacia delante como continuidad de la ruta andina. Alberto Buela sostiene que la teoría del rombo Buenos Aires, Lima, Caracas y Brasilia permitiría la creación de un Gran Espacio bioceánico, con salida tanto al Pacífico como al Atlántico. En el fondo es el ensamblaje con UNASUR del Mercosur y la Comunidad Andina (Buela 2002: 88).

El eje Lima-Caracas es fundamental para la estrategia particular del Brasil pues pone límites a la injerencia internacional sobre la Amazonia. En cuanto al eje Caracas-Brasilia le permitiría a Hugo Chávez y a Lula Da Silva, latinoamericanizar Cuba a través del ingreso al Grupo de Río y del ALBA; no obstante el eje Brasilia-Buenos Aires es el núcleo básico de aglutinación del futuro Estado-continental industrial de este gran espacio sudamericano.

Estos son los elementos que entran en discusión para fortalecer el proceso de unidad; en cierta medida puede sostenerse que el rumbo de la política exterior de Venezuela no sigue linealmente estos pasos... Tampoco los anula. En un proceso histórico caracterizado por la permanente modificación del escenario debido a las presiones extra-regionales (que ya dieron por tierra el proceso de unidad en el siglo XIX), las contradicciones de grupos internos y las necesidades políticas del combate cotidiano, no podemos esperar una “vía recta” hacia la unidad. La estrategia venezolana de fortalecer todas las herramientas políticas que le permitan fortalecerse ante los ataques del imperialismo y la reacción interna, no debe impedirnos reflexionar sobre los caminos que realmente son estratégicos para la unidad de la nación latinoamericana.

En este sentido, debemos señalar que —más allá de sus logros fundamentales— el ALBA no es el camino geopolítico que puede hacer avanzar la unidad en términos estratégicos. Es una herramienta

política que el Presidente Chávez debe fortalecer por cuanto constituye una de sus fronteras estratégicas con el imperio, pero que aún no cuenta con el consenso de la mayoría de los países del sur.

El Mercosur –más allá de sus insuficiencias institucionales– constituye la plataforma desde la cual UNASUR y PARLASUR tienen existencia política y podrían –en el futuro– jugar un rol más importante que la de mera estructura política destinada a perderse en la maraña burocrática de funcionarios inconsecuentes y sin compromiso real con la unidad. En cualquier caso, la unión Argentina-Brasil-Venezuela constituye el núcleo central del proceso de unidad sudamericana. Es la clave y es por eso que la ponemos en discusión, porque resulta fundamental que Venezuela no abandone su acercamiento a la Argentina –más allá de los veleidosos gobiernos rioplatenses– pues es la garantía de que Brasil no hegemonizará el proceso de unidad; como dijimos anteriormente, la unidad bajo alguna hegemonía sería la ruina de América Latina.

De la misma manera, la falta de compromiso con el proceso de unidad sud-continental de algunos gobiernos (Perú, Colombia –ambos en la ruta geoestratégica andina–) no hace sino poner de relieve la creciente importancia de la ruta del Atlántico Sur y el debate sobre las vías principales y secundarias hacia la unidad, impulsado por la fuerza motorizadora del proceso: el Gobierno Bolivariano de Venezuela. Si bien los debates no siempre tienen un efecto práctico inmediato, permiten fermentar las contradicciones que existen en el seno de los pueblos que –como el rioplatense– cuestionan la representatividad de las organizaciones que forman parte de su sistema político. El debate sobre las vías para la unidad latinoamericana podría actuar como catalizador en nuestros pueblos dando impulso a la unidad, más allá de los intereses sectoriales de partidos y grupos de poder.

Como conclusión sostenemos que, Venezuela –al vincularse con la Cuenca del Plata– confirma una novedad como espacio geo-económico que va desde el Caribe hasta Tierra del Fuego; esta unidad geo-económica debe ser instalada también como unidad geopolítica, pilares del futuro Estado-continental Sudamericano, que será lo único que nos dará capacidad de autonomía en el siglo XXI, de lo contra-

rio –como afirma Helio Jaguaribe– nos convertiremos en una porción irrelevante del capital financiero internacional.

Referencias

- Barrios, Miguel Ángel (2006) “El sistema mundial en el siglo XX”. Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos –ANEPE– del Ministerio de Defensa Nacional de la República de Chile, Noviembre, en línea, <http://www.anepe.cl>
- Barrios, Miguel Ángel et al (2007) *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*. Editorial Biblos.
- Barrios, Miguel Ángel et al (2008) *Perón y el peronismo en el sistema mundo del siglo XXI*. Editorial Biblos.
- Buela, Alberto (2002) *Metapolítica y filosofía*. Buenos Aires, Ediciones Theoria.
- Chávez, Hugo (2002) “Visión estratégica de Venezuela” Conferencia en la Escuela Diplomática de Madrid, 16 de febrero de 2002 En Buela, Alberto *Metapolítica y filosofía*. Buenos Aires, Ediciones Theoria.
- Ferrer, Aldo (1999) *Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial*, Tomos I y II. Buenos Aires, F. C. E.
- Jaguaribe, Helio (2006) “Argentina y Brasil en el siglo XXI”. En Nun, José y Alejandro Grimson (compiladores) *Convivencia y buen gobierno. Naciones, nacionalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires, Edhasa.
- Nun, José y Alejandro Grimson (2006) (compiladores) *Convivencia y buen gobierno. Naciones, nacionalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires, Edhasa.
- Pérez Amuchástegui, Alejandro J. (1966) *Ideología y acción de San Martín*. Buenos Aires, Editorial Ábaco de Rodolfo Depalma.
- Ramos, Jorge Abelardo (2006) *Historia de la nación latinoamericana*, 2da. edición Buenos Aires, Senado de la Nación.
- Riberiro, Darcy (1996) *América Latina. La Patria Grande*. Brasilia, Guanabara.
- Weigert, Hans (1943) *Generales y geógrafos*. Buenos Aires, F. C. E.